

el producto exótico, que, en último término, viene a ser una manifestación de racismo, comparable, en lo que tiene de paternalista, al ejercicio a sensu contrario por quienes, distribui-

dores o público, niegan su asistencia a un film por el hecho de proceder de latitudes muy lejanas, de estar concebido e interpretado por personas «de otra raza». ■ C. S. F.

MARCUSE

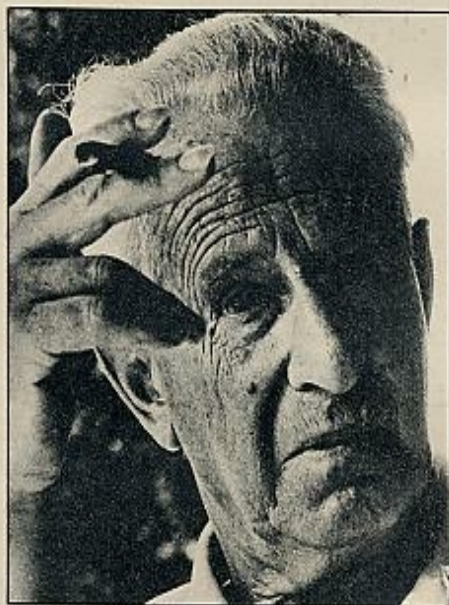
Juicio sobre el Living Theatre

En el que creo último libro del famoso profesor norteamericano, que se ha publicado en Francia con el título de «Vers la liberation», aparece un interesante y desencantado juicio sobre el Living Theatre de Nueva York. Interesante porque supone la reiteración, ahora dentro de un estudio fundamentalmente sociopolítico, de un principio teatral a menudo enunciado aisladamente. Desencantado porque Marcuse se pregunta si el Living no habrá fracasado como teatro «abierto», como investigación no limitada a un sector de fieles.

El problema, con ser teatral, lo es también de toda la cultura moderna, quizá porque ahora se evidencia más que nunca la contradicción de un arte de «lo sabido», de una política de la repetición, de un progreso de lo inmóvil, o de un diálogo de principios. Si, por ejemplo, examinamos la abrumadora mayoría del teatro español de nuestro siglo, veremos que todo el tiende a confirmar una serie de ideas previamente aceptadas por el espectador. El autor es el simple encargado de «embellecer» un sistema de ideas que comparte con el público. A cada ideología más o menos reconocida corresponde un grupo de obras. Cada «sector» elige «su» autor, seguro de que

ción ilustrativa o edificante, que ni siquiera cabría calificar de «didáctica», dado que en la raíz de este concepto está «enseñar al alumno lo que ignora» y en este teatro de lo «ya sabido» sólo queda al autor probar al público que domina la materia. Críticos y espectadores alteran así su posición lógica, y en vez de ver y escuchar, de intentar integrar lo que se les propone desde el escenario, afilan inmediatamente el lápiz de calificar y se dedican, apenas alzado el telón, a puntuar al autor, al director y a los actores.

Esto no quiere decir que autores y espectadores deban citarse en el vacío. No. Es, precisamente, fundamental que cada uno aporte, lo más sensibilizadamente posible, su mundo. Ahora bien, lo que sí parece necesario es que sea una cita lo más abierta y desprejuiciada posible, en la que se renuncie a someter a los propios esquemas, recortando si hace falta, lo que la obra nos propone. Extremo éste que, en teoría, no parece muy difícil —hasta suena escolar—, pero que, en la práctica, se enfrenta con nuestra profunda tendencia proselitista, con nuestra mitomanía, con la búsqueda estúpida y desesperada de unos pocos principios en los que descansar hasta la muerte.



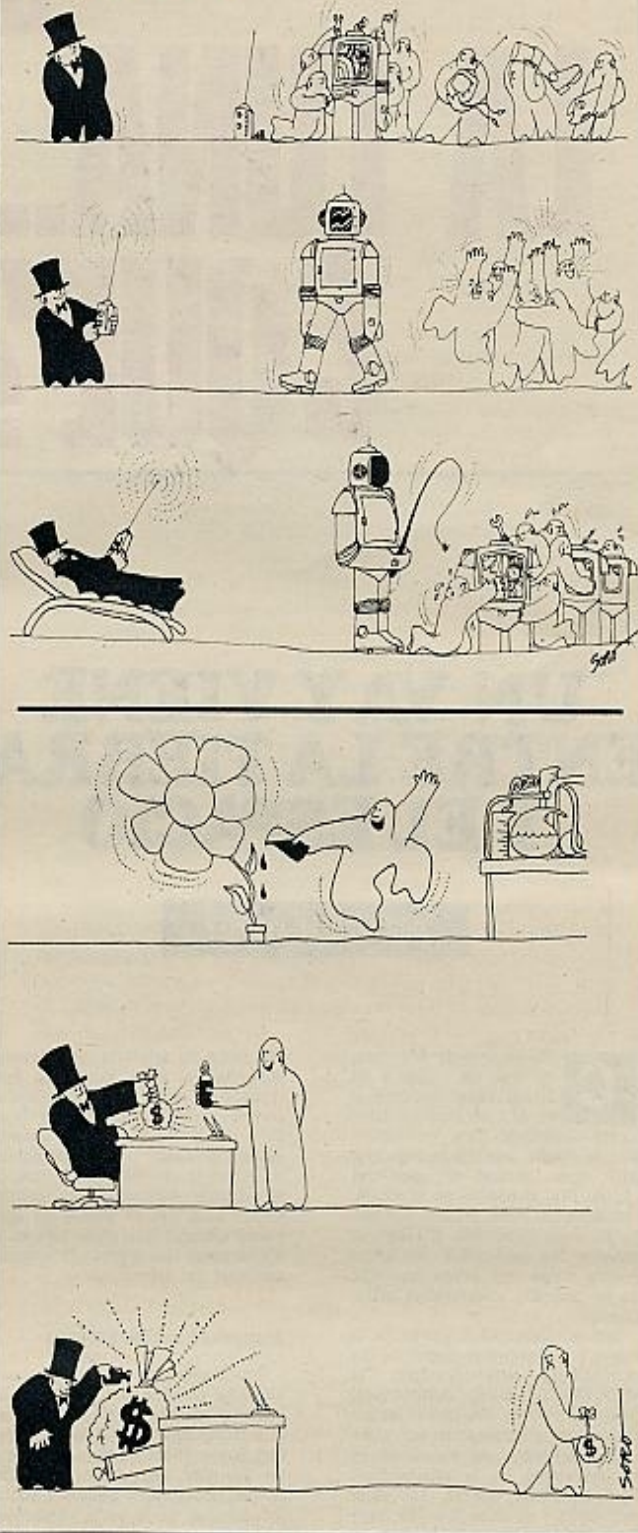
encontrará en él la magnificación de sus opiniones, la prueba irrefutable de que está en posesión de la verdad.

Como digo, esta imagen del teatro es el resultado de una configuración general de la cultura, y, a su vez, el origen de una serie de juicios teatrales. Dejemos el primer extremo y vayamos al segundo, más asentado en la que pudieramos calificar de zona específicamente teatral.

Si consideramos —o determinamos que sea así— al teatro como la expresión de signos «confirmadores» de lo ya sabido, prácticamente lo privamos de todas sus posibilidades, como arte y como instrumento de renovación social, reduciéndolo a una fun-

La referencia de Marcuse al Living es muy significativa. Beck y Malina protagonizarían, sin ninguna duda, uno de los más hermosos esfuerzos del teatro moderno por abandonar «lo sabido», para entregarse a una investigación permanente de lo «entrevisto», de lo que «llega». Sin embargo, esa incapacidad cultural del hombre moderno para la aventura, para la renovación y la búsqueda, habría, al mismo tiempo, determinado una inmovilizadora sacralización del Living. Queriendo «poner en cuestión» al mundo, los de Nueva York estarían condenados a trabajar para unos públicos totalmente ganados de antemano. ■ J. M.

MASSIUS



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra, Marull y Archivo.